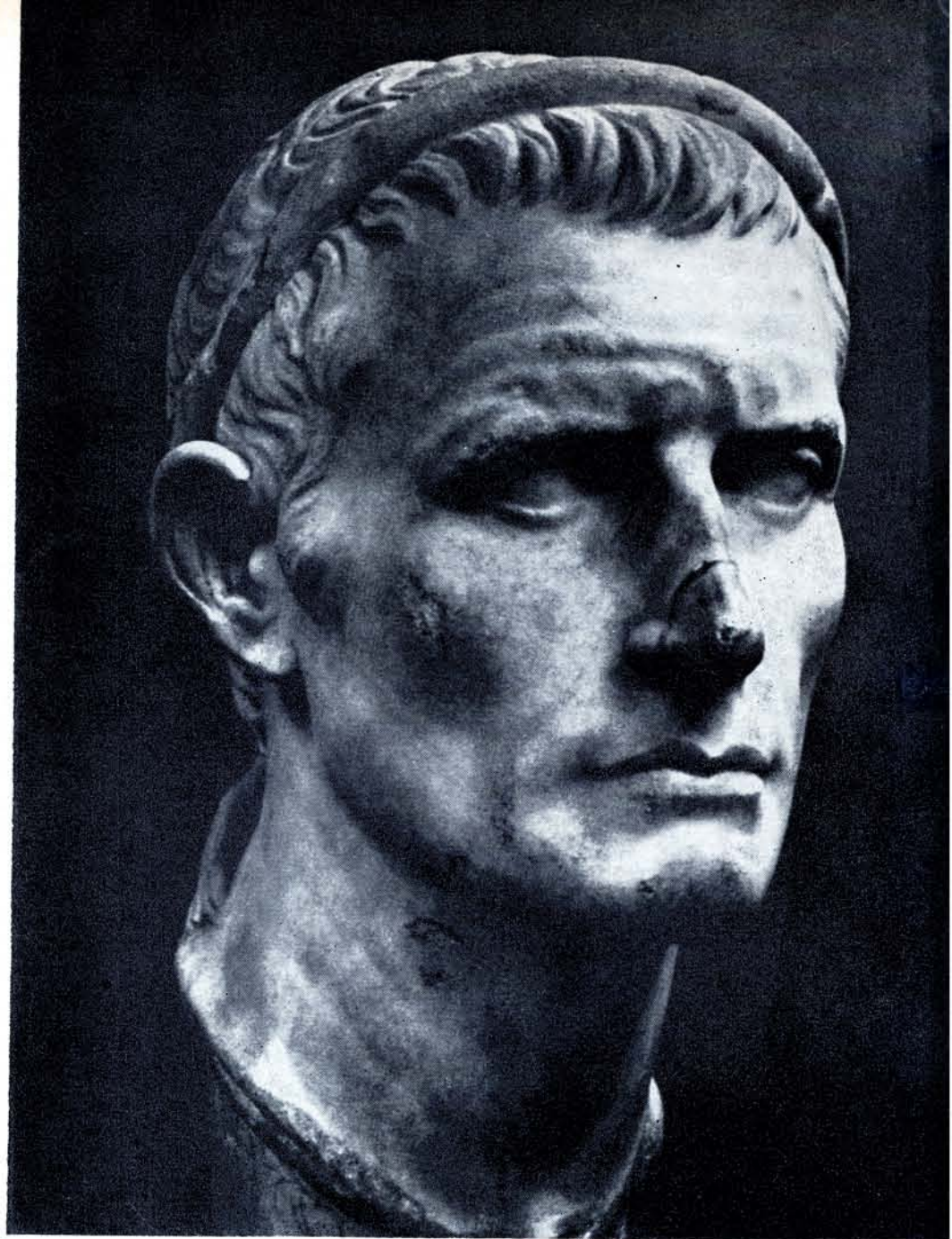




Lo BUENO se transforma en bello. Proceso semántico que se repite en el mundo latino.

... Y EL PRIMITIVO sentido religioso se conserva en la expresión "di boni", análoga al "Iupiter optimus", Júpiter óptimo.



CICERÓN LLAMA a las ciencias artes "optimae" y "sordidae" artes a las obras de los esclavos...

EN dos extremos peninsulares del mundo indoeuropeo, la India e Italia, unas palabras formadas con la raíz *du— se usaron hace treinta siglos, en el lenguaje sacerdotal. *Duvah* es "homenaje", en los textos védicos; y *duvasyāti* "él rinde pleitesía", referida, desde luego, a los dioses. Entre los antiguos latinos, *duenos* y *duonos* significaban "bueno"; y el primitivo sentido religioso se conser-

UN CONCEPTO superior a "pulcro"...



LAS BELLAS ARTES?

Gutierre TIBON

va en la expresión *di boni*, análoga al *Iuppiter optimus*, Júpiter óptimo. Hoy seguimos diciendo “el buen Dios”, como *buon Dio* los italianos y *bon Dieu* los franceses.

El arcaico *duenos* se vuelve *bonus* en latín clásico (confróntese con bueno y “güeno”, en nuestro lenguaje popular). *Duénolos*, un diminutivo familiar, se contrae en *benlus* y se eufoniza en *bellus*, “bello”, adjetivo aplicado a las mujeres y a los niños. (En latín clásico, *bellus* se dice de un hombre guapo sólo en sentido irónico). Por su carácter afectivo original, *bellus*, en la boca del pueblo, reemplazará paulatinamente *pulcher*; en español, “bello” pasa a expresar un concepto incomparablemente superior a “pulcro”.

Lo bueno que se transforma en bello. He aquí un proceso semántico que se verifica dos veces en el mundo latino: primero, en el Lacio, y posteriormente en España, a la distancia de dos mil años. *Bonus*, en su forma diminutiva, es “bonito”, es decir: “buenito”, y adquiere el sentido de bello, lindo, hermoso.

No será ocioso recordar que el *bellus* latino derrota al *bellum*, “guerra”, porque ambas voces desembocan en *bello* y esta palabra no puede denominar al mismo tiempo a lo bello y a lo bélico, que es horrendo. Por tal razón los neolatinos adoptan la palabra germánica *werra*, riña, reyerta desordenada, y dan a *guerra* la dignidad —si de dignidad se puede hablar en este caso— del *bellum* romano.

Llega tarde a España *bello*, a principios del siglo XIII. Lo introducen en la Península los trovadores. En su idioma, el provenzal, bello era *bel*. El *bellido* del castellano primitivo es suplantado por la voz de los poetas occitanos; y Alfonso el Sabio usa, en *Calila y Dimna*, el derivado de *bel*: *beltad*. Sólo dos siglos más tarde el Marqués de Santillana llamará a la *beltad*, *belleza*. En cuanto a bonito, lo encontramos usado por vez primera a principios del siglo XVI.

Bello y bonito vienen de la raíz **du*, tan honda y tan lejana; en tanto que en *arte*, se ha conservado intacta hasta nuestros días la raíz **ar*—. Su valor primitivo era: “juntura, enlace”; *armus*, en latín, es la articulación del hombro. En alemán e inglés, *arm* es el brazo (*irmah*, en sánscrito). Los griegos llamaban *harmos* y *arthron* a la juntura; y de la última voz descendiende *arthritis*. *Armukn* es codo, en armenio; y el *artus* de nuestra lengua madre es un miembro, sea brazo o pierna. Diminutivo de *artus* es *articulus*: articulación. Su derivado popular, *artejo*, viene a ser sinónimo de nudillo, parte exterior de las *junturas* o *articulaciones* de los dedos.

La idea de juntar, de enlazar, converge con la de arreglar, ajustar: y he aquí la raíz **ar*— en admirables voces griegas como *ar-ithmos*, “número”; *ar-istos*, “excelente” y *harmonia*, “armonía” (en esencia: conexión, enlace). *Ardar*, en armenio, es justo.

A semejanza de la raíz **du*, también la raíz **ar* adquiere un valor religioso en latín y en indo-iranio: el védico *rtám* y el avéstico *ashem* denominan el “orden”, la “corrección religiosa” por excelencia, como el *ritus* de los romanos, que es la ceremonia, o sea, el *rito* establecido en la religión.

La voz latina *ars*, punto de llegada de nuestro estudio, representó en origen a lo conexo, a lo enlazado. El orden mental, la coherencia, son maneras de ser o de obrar de un individuo; por lo que *ars*

designó toda habilidad, física o espiritual, en cuanto se manifieste activamente. El hombre inactivo, pereoso, es *iners* (de *in* negativo y *ars*): es decir, inerte, opuesto al *sollers* (de *sollus*, “todo” y *ars*), el hombre “todo arte”, activo, ingenioso, sagaz; esto es: solerte.

Ars adquiere la significación de capacidad lograda por el estudio o la experiencia: de donde procede el sentido de “talento”, “arte” y por ende, el de “oficio”, “profesión”. *Artes liberales* eran en Roma (aquí latín y castellano coinciden) las artes liberales: las artes de los hombres libres, en oposición a las *sordidae artes*, las obras de los esclavos y de los trabajadores ínfimos. Cicerón llama a las ciencias, *artes optimae* y a la dialéctica *ars disserendi*, el arte de disertar.

La primera documentación de esta voz en español se encuentra en el *Cid*: art. En 1144 aparece la forma actual: arte. En italiano se conserva el género latino, y arte es voz femenina; en francés, hasta el siglo XVI, *art* fue masculino y femenina, hasta que prevaleció el masculino: *les beaux arts*, “los bellos artes”. El castellano no optó por ninguno de los dos géneros, y arte, en nuestro idioma, es masculino y femenino. Así hablamos del arte escénico, dramático, cinematográfico, pero también de las artes decorativas, plásticas, gráficas, y de las bellas artes.

Hemos llegado al entronque de arte con bello. En Francia, *art* adquirió el sentido de “nobles artes” o “bellas artes” y los españoles imitaron a los primos de Ultramarinos. Antonio de Capmany, secretario de la Academia Española de la Historia a principios de la pasada centuria, desaprobó terminantemente este uso de “arte” (1805); pero, medio siglo después, Rafael María Beralt, el venezolano que en Madrid se volvió académico de la lengua, reconoció en su *Diccionario de Galicismos* la necesidad del uso de arte en su acepción francesa; de suerte que hoy “bellas artes” es casi una redundancia.

La arquitectura, la escultura, la pintura y la música fueron llamadas artes “bellas”, para distinguirlas de las demás artes, que eran más bien ciencias, como la aritmética, la geometría, la astronomía, la retórica, la lógica y la gramática (la primera gramática española, obra de Nebrija publicada en 1492, se llamó “Arte de la lengua castellana”).

En el siglo XVIII, los enciclopedistas añadieron dos bellas artes más a las cuatro tradicionales y las consideraron como seis lenguajes estéticos distintos, seis maneras de manifestar la belleza. Tres de las bellas artes se caracterizan por sus producciones *instantáneas* y *transitorias*: la pantomina, o lenguaje de la acción; la palabra, lenguaje de los sonidos articulados; y la música, lenguaje de los sonidos modulados. Otras tres se distinguen por lo *fijo* y *duradero* de sus “lenguajes”: la escultura, imitación de la forma de los objetos palpables; la arquitectura, disposición significativa de las construcciones; y la pintura, que se manifiesta en los colores aplicados sobre superficies planas.

Es obvio insistir en lo simplista e insuficiente de tales definiciones de las bellas artes. Desde Lessing, Kant y Hegel hasta Croce y Malraux se han intentado otras mil; algunas son profundas y sutiles. El número seis, aplicado a las bellas artes, llega a ser —por así decir— cabalístico, hasta el punto que llamar al cine “séptimo arte” se vuelve un lugar común.

Conforme a su valor semántico primitivo, arte es el *enlace*, a un tiempo mágico y fáustico, del hombre —criatura sensible e intuitiva— con la creación.



KANT DIO también su definición de las Bellas Artes...

AL IGUAL que Hegel. Pero, entre tantas, ninguna concuerda.

